

Como ya tenia mas de once mil pesos míos y estaba bien conceptuado en Manila, procuré no extraviarme ni faltar al método de vida que habia observado en tiempo del coronel, á pesar de los siniestros consejos y provocaciones de los malos amigos que nunca faltan á los hombres libres y con dinero; y esto lo hacia, así por no disipar mis monedas, como por no perder el crédito de hombre de bien que habia adquirido. ¡Qué cierto es que el amor al dinero, y nuestro amor propio aunque no son virtudes, suelen contenernos y ser causa de que no nos prostituyamos á los vicios!

De este evidente principio nació esta necesaria consecuencia: que mientras ménos tiene que perder el hombre, es mas pícaro, ó cuando no lo sea, está mas expuesto á serlo. Por eso los hombres mas pobres y los mas soeces de la República son los mas perdidos y viciosos, porque no tienen ni honor ni intereses que perder; y por lo mismo están mas propensos á cometer cualquier delito y á emprender cualquiera accion por vil y detestable que sea; y por esto tambien dicta la razon que se debería procurar con el mayor empeño por todos los superiores, que sus súbditos no se educasen vagos é inútiles.

Pero dejando estas reflexiones para los que tienen el cargo de mandar á los demás, y volviendo á mí, digo: que viéndome solo en Manila y con dinero, me picó el deseo de volver á mi patria, así para que viesen mis paisanos la mudanza de mi conducta, como para lucir y disfrutar en México de mi caudal, que ya lo podia nombrar de esta manera segun mis cuentas.

Para esto, emplee con tiempo mis monedas, comprando bien barato, y cuando fué tiempo de que la nao se alistara para Acapulco, me despedí de todos mis amigos y de los de mi amo, á cuya memoria, ántes que otra cosa, dispuse que se le hiciese un solemne novenario de misas, lo que se me tuvo muy á bien, y concluido esto, salí para Cavite y me embarqué con todos mis intereses.

CAPITULO III.

In el que nuestro autor cuenta cómo se embarcó para Acapulco: su naufragio: el buen acogimiento que tuvo en una isla donde arribó, con otras cosillas curiosas.



QUE deliciosos son aquellos fantásticos jardines, en que solemos pasearnos á merced de nuestros deseos! ¡Qué cuentas tan alegres nos hacemos cuando las hacemos sin la huéspedea, esto es, cuando no prevenimos lo adverso que uede suceder, ó lo mas cierto, cuando no advertimos que la alta Providencia puede tener decretadas cosas muy distintas de las que nos imaginamos!

Tales fueron las que yo hice en Manila cuando me embarqué con mi ancheta para Acapulco. Once mil pesos empleados en barata, decia yo, realizados con estimacion en México, producirán veintiocho ó treinta mil: éstos, puestos en giro con el comercio de Veracruz, en un par de años se hacen cincuenta ó sesenta mil

pesos. Con semejante capital, yo que no soy tonto ni muy feo, ¿por qué no he de pensar en casarme con una muchacha que tenga por lo ménos otro tanto de dote? Y con un capital tan razonable, ¿por qué no he de buscar en otro par de años, ruinmente y libres de gastos, cuarenta ó cincuenta talegas? Con éstas ¿por qué no he de poder lograr en Madrid un título de conde ó marqués? Seguramente, con ménos dinero sé que otros lo han conseguido. Muy bien; pero siendo conde ó marqués ya me será indecoroso el ser comerciante con tienda pública: me llamarán el marqués del Alepin, ó el conde de la Musolina; ¿y qué le hace? ¿Muchos no se han titulado y subido á tan altas cumbres por iguales escalones? Pero sin embargo, es menester buscar otro giro por donde subsistir, siquiera para que no me muerdan mucho los envidiosos maldicientes. ¿Y qué giro será éste? El campo: sí, ¿cuál otro más propio y honorífico para un marqués que el campo? Compraré un par de haciendas de las mejores: las surtiré de fieles é inteligentes administradores, y contando por lo regular con la fertilidad de mi patria, levantaré unas cosechas abundantísimas, acopiaré muchos doblones, seré un hombre visible en México, contaré con las mejores estimaciones, y mi mujer, que sin duda será muy bonita y muy graciosa, se llevará todas las atenciones; ¿y por qué no se merecerá las de la vireina? Ya se vé que sí: la amaré por su presencia, por su discrecion y porque yo fomentaré esta amistad con los obsequios que saben ablandar á los peñascos. Ya que esté de punto la vireina y sea íntima amiga de mi mujer, ¿por qué no he de aprovechar su patrocinio? Me valdré de él: lograré la mayor estrechez con el virey, y conseguida, con muy poco dinero beneficiaré un regimiento: seré coronel, y hé aquí de un día á otro á Periquillo con tres galones y un usía en el cuerpo, mas grande que una casa.

¿Parará en esto? No señor: las haciendas aumentarán sus productos: mis cofres reventarán en doblones, y entónces mi amigo el virey se retirará á España y yo me iré en su compañía. El por

una parte bien quisto con el rey, y por otra oprimido de mis favores, hará por mí cuanto pueda en el ministerio de gracia y justicia en el departamento de Indias: yo no me descuidaré en gran gear la voluntad del secretario de Estado, y á pocos lancees, á lo más dentro de dos años, consigo los despachos de virey de México. Esto es de cajon, y tan fácil de hacerse como lo digo, y entónces.... ¡Ah! ¿qué gozo ocupará mi corazon el dia que tome posesion del vireinato de mi tierra!

¡Oh y cuántas adulaciones no me harán todos mis conocidos! ¿qué de parientes y amigos no me resultarán, y cómo no temerán mi indignacion todos los que me han visto con desprecio.

Fuera de esto, ¿qué dias tan alegres no me pasaré en el gobierno de aquel vasto y dilatado reino? ¿Qué de dinero no juntaré por todos los medios posibles, sean los que sean? ¿Qué diversiones no disfrutaré? ¿Qué multitud de aduladores no me rodearán canonizando mis vicios como si fueran las virtudes mas eminentes, aunque en el juicio de residencia no se vuelvan á acordar de mí, ó tal vez sean mis peores enemigos? Pero en fin, aquellos años cuando ménos, los pasaré anegados en las delicias; y no descuidándome en atesorar plata, con ella podré tapar las bocas de mis enemigos y comprar las de mis amigos, para que éstos abonen mi conducta y aquellos callen mis defectos; y en este caso hé aquí un Periquillo, un hidalgo, segun dicen, un hombre de mediana fortuna, y si se quiere, un pillo de primera, bonificado á la faz del rey y de los hombres buenos, por mas que sus iniquidades gritarian la venganza entre los particulares agraviados.

Así, ni mas ni menos, era mi modo de pensar en aquellos dias primeros que navegaba para mi tierra; y si Dios hubiera llenado la medida de mis inícuos deseos, quién sabe si hoy estarian infinitas familias desgraciadas, la mia deshonrada y yo mismo decapitado en un patíbulo.

Siete dias llevábamos de navegacion, y en ellos tenia yo la ca-

beza llena de mil delirios con mi soñado vireinato. Bandas, bordados, excelencias, obsequios, sumisiones, banquetes, bajillas, paseos, coches, lacayos, libreas y palacios eran los titeres que bailaban sin cesar en mi loco cerebro, y con los que se divertía mi tonta imaginación.

Tan acalorado estaba con estas simplezas, que aun no ponía la primera piedra á este vano edificio, cuando ya me hallaba revestido de cierta soberbia, con la que pretendía cobrar gajes de virey sin pasar de un triste Periquillo; y en virtud de esto hablaba poco y muy mesurado con los principales del barco, y menos ó nada con mis iguales, tratando á mis inferiores con un aire de majestad el mas ridículo.

Inmediatamente notaron todos mi repentina mutación, porque si ántes me habían visto jovial y cariñoso, dentro de cuatro días me veían fastidioso, soberbia é intratable, por lo que unos me ridiculizaban, otros me hacían mil desaires, y todos me aborrecían con razón.

Yo advertía su poco cariño, pero decía á mis solas: ¿qué con que esta gentusa me desprecie? ¿Para qué los necesita un virey? El día que tome posesión de mi empleo, éstos que ahora se retiran de mí, serán los primeros que se pelarán las barbas por adularme. Así continuaba el nuevo Quijote en sus locuras caballerescas, que iban tan en aumento de día en día y de instante en instante, que á no permitir Dios que se revolvieran los vientos, ésta fuera la hora en que yo hubiera tomado posesión de una jaula en S. Hipólito.

Fué el caso, que al anochecer del día sétimo de nuestra navegación, comenzó á entoldarse el cielo y á oscurecerse el aire con negras y espesas nubes: el nordeste soplabá con fuerza en contra de nuestra dirección: á pocas horas creció la cerrazón, oscureciéndose los horizontes: comenzaron á desgajarse fuertes aguaceros, mezclándose con el agua multitud de rayos que cruzando por la atmósfera aterrorizaban los ojos que los veían.

A las seis horas de esta fatiga se levantó un sudeste furioso: los mares crecían por momentos y hacían unas olas tan grandes, que parecía que cada una de ellas iba á sepultar el navío. Con los fuertes huracanes y repetidos balances no quedó un farol encendido: á tientas procuraban maniobrar los marineros: la terrible luz de los relámpagos servía para atemorizarnos mas, pues unos á otros veíamos en nuestros pálidos semblantes pintada la imagen de la muerte, que por momentos esperábamos.

En este estado un golpe de mar rompió el timón: otro el palo del baupré, y una furiosa sacudida de viento rompió el mástilero del trinquete. Crugía la madera y las jarcias sin poderse recoger los trapos que ya estaban hechos pedazos, porque no podía la gente detenerse en las vergas.

Como los vientos variaban y carecíamos del timón, bogaba el barco sobre las olas por donde aquellos lo llevaban; no valió cerrar los escotillones para impedir que se llenara de agua con los golpes del mar, ni podíamos desaguar lo suficiente con el auxilio de las bombas.

En tan deplorable situación, ya se deja entender cuál sería nuestra consternación, cuáles nuestros sustos, y cuán repetidos nuestros votos y promesas.

En tan críticas y apuradas circunstancias llegó el fatal momento del sacrificio de las víctimas navegantes. Como el navío andaba de acá para allá lo mismo que una pelota, en una de éstas dió con un arrecife tan fuerte golpe, que estrellándose en él se abrió como granada desde la popa al cumbés, haciendo tanta agua que no quedó mas esperanza que encomendarse á Dios y repetir actos de contricción.

El capellán absolvió de montón, y todos se conformaron con su suerte á mas no poder.

Yo luego que advertí que el barco se hundía, trepé á la cubierta como gato, y la Divina Providencia me deparó en ella un tablón del que me así con todas mis fuerzas, porque había oído decir

que valia mucho una tabla en un naufragio; pero apenas la habia tomado, cuando me ví sobreaguar, y á la luz macilenta de un relámpago ví frente de mis ojos acabarse de ir á pique todo el buque.

Entónces me sobrecogí del más íntimo terror, considerando que todos mis compañeros habian perecido y no podia dejar de correr igual funesta suerte.

Sin embargo, el amor de la vida y aquella tenaz esperanza que nos acompaña hasta perderla, alentaron mis desmayadas fuerzas, y afianzado de la tabla, haciendo promesas á millones é invocando á la madre de Dios bajo la advocacion de Guadalupe, me anduve sosteniendo sobre las aguas, llevado á la discrecion de las olas y de los vientos.

Unas veces el peso de las olas me hundia, y otras el aire contenido en los poros de la tabla me hacia surgir sobre la superficie del agua.

Como hora y media batallaria yo entre estas ansias mortales sin ninguna humana esperanza de remedio, cuando disipándose las nubes, sosegándose los mares y aquietándose los vientos, amaneció la aurora, más hermosa para mí en aquel punto, que lo fué para el monarca más pacífico del universo. El sol no tardó en manifestar su bella y resplandeciente cara. Yo estaba casi desnudo y veía la extension de los mares; pero acobardado mi espíritu con el pasado infortunio, y temeroso siempre de perder la vida en aquel piélago, no podia ver con entero placer las delicias de la naturaleza.

Aferrado con mi tabla no trataba sino de sobreaguar, temiendo siempre la sorpresa de algun pez carniceiro, cuando en esto oí cerca de mí voces humanas. Alcé la cara, extendí la vista y observé que los que me gritaban eran unos pescadores que bogaban en un bote. Los miré con atencion, y observé que se acercaban hácia mí. Es imponderable el gusto que sintió mi corazón al ver que aquellos buenos hombres venian volando á mi

socorro, y más cuando abordándose el barquillo con mi tabla extendieron los brazos y me pusieron en su bote.

Yo estaba ya enteramente desnudo y casi privado de sentido. En este estado me pusieron boca abajo y me hicieron arrojar porcion de agua salada que habia tragado. Luego me dieron unas friegas generales con paños de lana, y me confortaron con espíritu de cuerno de ciervo que por acaso llevaba uno de ellos, despues de lo cual me abrigaron y condujeron al muelle de una isla que estaba muy cerca de nosotros.

Al tiempo de desembarcarme volví en mí del desmayo ó pataleta que me acometió, y ví y advertí lo siguiente:

Me pusieron bajo un árbol copado que habia en el muelle, y luego se juntó al rededor de mí porcion de gente, entre la que distinguí algunos europeos. Todos me miraban y me hacian mil preguntas de mera curiosidad; pero ninguno se dedicaba á favorecerme. El que más hizo me dió una pequeña moneda del valor de medio real de nuestra tierra. Los más me compadecian con la boca y se retiraban diciendo: ¡qué lástima!... ¡Pobrecito!... aun es mozo: y otras palabras como éstas, y con tan oportunos socorros se daban por contentos y se marchaban.

Los isleños pobres me veían, se enternecian, no me daban nada, pero no me molestaban con preguntas, ó porque no nos habiamos de entender, ó porque tenian más prudencia.

Sin embargo de la pobreza de esta gente, uno me llevó una taza de té y un pan, y otro me dió un capisallo roto, que yo agradecí con mil ceremonias, y me lo encajé con mucho gusto porque estaba en cueros y muerto de frío. Tal era el mísero estado del virey futuro de Nueva España, que se contentó con el vestido de un plebeyo sangley, que por tal lo tuve. Bien que entónces ya no pensaba yo en vireinatos, palacios ni libreas, ni arrugaba las cejas para ver, ni economizaba las palabras; ántes sí procuraba poner mi semblante de lo más halagüeño con todos, y más entumido que perro en barrio ageno, afectaba la más cariñosa

humildad. ¡Qué cierto es que muchos nos ensoberbecemos con el dinero, sin el cual seríamos tal vez humanos y tratables!

Tres ó cuatro horas habria que estaba yo bajo la sombra del árbol robusto sin saber adonde irme, ni que hacer en una tierra que reconocia tan extraña, cuando se llegó á mí un hombre que me pareció isleño por el traje, y rico por lo costoso de él, porque vestía un ropon ó túnica de raso azul bordado de oro con vueltas de felpa de Marta, ligado con una banda de burato *punzó* (1) tambien bordada de oro, que le caia hasta los piés, que apénas se le descubrian cubiertos con unas sandalias ó zapatos de terciopelo de color de oro. En una mano traia un baston de caña de China con puño de oro, y en la otra una pipa del mismo metal. La cabeza la tenia descubierta y con poco pelo; pero en la coronilla ó más abajo tenia una porcion recogida como los zorongos de nuestras damas, el cual estaba adornado con una sortija de brillantes y una insignia que por entónces no supe lo que era.

Venian con él cuatro criados que le servian con la mayor sumision, uno de los cuales traia un *payo*, como ellos les dicen, ó un *paragua*, como decimos nosotros, el cual paragua era de raso carmesí con franjas de oro, y tambien venia otro que por su traje me pareció europeo, como en efecto lo era, y nada ménos que el intérprete español.

Luego que se acercó á mí, me miró con una atencion muy patética, que manifestaba á una legua interesarse en mis desgracias, y por medio del intérprete me dijo: “No te acongojes, náu-
“frago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado á las is-
“las de las Velas (2) donde hacen esclavos á los que el mar per-
“dona. Ven á mi casa.”

Diciendo esto, mandó á sus criados que me llevaran en hombros.

[1] Entre los sederos y tintoreros se llama así el color de púrpura más subido ú oscuro de la seda.

(2) Por otro nombre se conocen estas islas por las de los Ladrones.